

Desaparición de fideicomisos: no habrá corrupción...programas

(Jesusa Cervantes, pág. 6-10)

La desaparición de 109 fideicomisos que amparan casi 68 mil 500 millones de pesos convertirá a la Tesorería de la Federación en la gran caja del gobierno federal, la cual, hasta el momento, carece de reglas de operación para redistribuir dichos recursos.

Acabará con la opacidad en que algunas de estas figuras se han mantenido, pero también, la concentración del dinero tendrá otras consecuencias, por ejemplo: elimina el seguro de depósito de clientes de cajas de ahorro, afectará la operatividad y continuidad en investigaciones de científicos, dañará la mejora de aduanas, dejará sin garantía a pequeños empresarios y medianos empresarios y disminuirá el circulante de la banca privada.

Con efectos de claroscuros, el analista Mario Di Costanzo señala lo anterior pero también aclara que no hay un ahorro en su eliminación, sino un “cambio de bolsa” del dinero con efectos negativos.

En defensa de la desaparición, el presidente Andrés Manuel López Obrador, asegura que “el dinero no va a desaparecer, no van a dejar de recibir recursos quienes tienen derecho. Lo que se está buscando es que no haya corrupción, que haya transparencia”.

La doctora Brenda Valderrama, integrante del Colectivo ProCiencia, que aglutina a 300 investigadores de todo el país, y quien aboga por la no desaparición de los fondos en ciencia y tecnología, rechaza malos manejos y sostiene que “sin estos recursos... entraremos a una espiral que nos podría llevar, no sólo a la pérdida de competitividad internacional, sino también a la fuga de talentos y pérdida de infraestructura científica”.

Desde 2018, el Centro de Análisis e Investigación Fundar alertó sobre “la complejidad técnica” de los fideicomisos, permitiendo un manejo discrecional, poca transparencia y limitada rendición de cuentas. “Esto también explica que se usen como instrumentos para desviar recursos públicos”, establece en su estudio Fideicomisos en México, el arte de desaparecer dinero público.



Morena: inestabilidad garantizada

(Álvaro Delgado, pág. 22-25)

Creado hace seis años por Andrés Manuel López Obrador, quien como presidente de la República gusta del conflicto, Morena es el partido político más rijo de México: no hay día en que sus militantes no presenten impugnaciones, pero no una ni dos, ni tres ni cuatro, sino hasta cinco diarias y 160 al mes.

En efecto, en los casi 14 meses que acumulan los pleitos derivados del proceso de renovación de su dirigencia nacional –de agosto de 2019 a octubre de este año– se han presentado 2 mil 250 impugnaciones internas ante la Comisión Nacional de Honestidad y Justicia (CNHJ) de Morena.

Todas estas impugnaciones han ido a parar al Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF) que, en los hechos, ha gobernado a Morena.

Si el empate entre Porfirio Muñoz Ledo y Mario Delgado para la presidencia de Morena que registró la encuesta ordenada por el TEPJF al Instituto Nacional electoral (INE) recrudeció las pugnas internas, con amagos hasta de ruptura, el proceso para las candidaturas de 3 mil 528 representantes populares y 21 mil 368 funcionarios para las elecciones de 2021 sólo anticipa más pleitos.

“Cuando se pase al periodo propiamente de manejo electoral de 2021 surgirán, por supuesto, un gran número de impugnaciones en relación con la selección de candidaturas, que tendrá que atender internamente el partido y que terminarán, en muchos casos, en el TEPJF”, advierte Héctor Díaz Polanco, presidente de la CNHJ, el organismo de Morena que procesa las pugnas.

Y por ello, en entrevista con Proceso, augura que los pleitos no disminuirán: “La vida interna seguirá igual de intensa por lo menos el próximo año o año y medio”.

Para Díaz Polanco, quien urge a renovar la instancia de justicia partidaria que preside desde la fundación de Morena –seis años de extenuante trabajo para dirimir la rijosidad interna sin recibir sueldo–, es normal tanta conflictividad, porque se trata de la primera fuerza política de México, que ganó la Presidencia y la mayoría en el Congreso.

“Este factor hace enormemente atractivo al partido, porque sectores que se habían mantenido en los márgenes de esta organización y sin mostrar mayor interés por participar y abrirse espacios deciden, a partir de ese momento, ir con todo y tratar de definir cotos de poder”, contextualiza.

“Esta es –resume– la explicación de por qué tenemos esta abrupta subida en el número de los casos de impugnación y de juicios de protección a los derechos políticos ciudadanos, los famosos recursos ante el tribunal.”



La victoria de Porfirio Muñoz Ledo o de Mario Delgado en la disputa por la presidencia de Morena, que era incierta al cierre de esta edición, no significa que terminaron los pleitos por la dirección nacional, anticipa Díaz Polanco, acostumbrado a recibir todo tipo de impugnaciones:

“Si (el ganador) tiene poca legitimidad, habrá de nuevo muchísimas impugnaciones y expedientes que tratar, lo que, al contrario, disminuirá si tiene mucha legitimidad.”

La guerra por el voto religioso en Estados Unidos (Bernardo Barranco, *pág. 48-49*)

El proceso de analizar y comprender la dinámica de las elecciones presidenciales en Estados Unidos tiene sus particularidades con respecto del resto de las democracias occidentales. El electorado se mide por segmentos tradicionales; es decir, la identificación con un partido, la raza, la condición socioeconómica, la ubicación geográfica, niveles de escolaridad, etcétera. Sin embargo, en Norteamérica al análisis del comportamiento de los votantes se ha incorporado un poderoso componente: la identidad religiosa. En el proceso electoral de 2016, el voto casi compacto de protestantes y protestantes evangélicos blancos –que representan cerca de 25% del electorado– fue determinante para el triunfo de Donald Trump.

La presidencia demócrata de un afro-descendiente, como Barack Obama, conmocionó a la clase política anglosajona y al conservadurismo de pastores cristianos que, sin duda, jugaron un papel crucial en la derrota de Hillary Clinton, de tal suerte que para 2020, según el famoso pastor Jim Wallis, “votar en esta elección podría volverse más confesional que electoral o partidista. Se convierte no sólo en un referéndum sobre nuestra democracia, sino en un referéndum sobre nuestra fe”.

A pesar de un creciente proceso de secularización y desapego de las nuevas generaciones a la religión, Estados Unidos es la nación, en comparación con otros países industrializados, con el mayor nivel de religiosidad. Poco menos de 90% cree en Dios y 55% dice que reza regularmente, mientras en Francia lo hace sólo 10% y en Reino Unido 6%. Históricamente, la diversidad de las comunidades religiosas en la conformación de la nación llevó a la separación histórica de las Iglesias con el Estado. El pluralismo religioso fue protegido creando diversos mercados para la religión. Esto explicaría por qué las Iglesias se han convertido no sólo en lugares dinámicos de culto, sino también en lugares de formación, intercambio, protección social y cultural, incluso para inmigrantes y minorías. Dicho de manera diferente, las Iglesias no sólo aportan la salvación de las almas, sino que se han convertido en espacios de agregación social, proporcionando identidad y conciencia social.



Existe un conservador nacionalismo cristiano bajo la supremacía blanca. El gran relato de Norteamérica es que nace como una nación cristiana. Los pioneros fundadores, cristianos blancos, son, por tanto, los genuinos líderes de la nación. Sin embargo, ese mismo cristianismo puritano fundamentó teológicamente la existencia y el ejercicio de la esclavitud. Dicha supremacía blanca en Estados Unidos significa que protestantes y protestantes evangélicos blancos han disfrutado de privilegios no otorgados a las comunidades religiosas no blancas, evangélicas o de otro tipo.

En las últimas elecciones presidenciales, un conjunto de temas religiosos ha pasado a primer plano en el debate político. Ese conjunto han sido el aborto, los derechos LGBTQ, familias igualitarias y la libertad religiosa.

Como candidato, Joe Biden habla desde su fe, mientras Trump lo hace desde la religión. Biden, a pesar de ser católico, no cuenta con el respaldo automático de los católicos blancos que le miran con desconfianza por las posturas liberales en materia moral enarbolados por el partido demócrata. Biden es cauteloso ante el profundo conservadurismo de los cristianos blancos. Es visto con reservas no sólo porque fue el vicepresidente de Barack Obama, sino porque ha decidido que su compañera de fórmula sea la senadora Kamala Harris, una activista aguerrida del feminismo de origen afroamericano y asiático estadounidense. Harris, bautista, afianza el voto afroamericano, pero incrementa las objeciones del evangelismo intransigente.